

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

La comunión: cómo se interrumpe y cómo se restablece	73
"Airaos, pero no pequéis"	93
Meditaciones breves (III) "Pero tú"	98
Alimento para el pueblo de Dios	100
Ha resucitado el Señor verdaderamente (X y XI)	102
Pensamiento	108

Año XII. N° 3

Mayo - Junio 2007

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2007 Todos los derechos reservados. Editor: Roberto Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios, citando la fuente:

« **EN ESTO PENSAD, LECTURAS DE EDIFICACIÓN CRISTIANA,**

www.lecturasbiblicas.org »

Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

LA COMUNIÓN

Cómo se interrumpe y cómo se restablece

1.ª Juan 1:5; 2:2

I. La comunión humana y la comunión divina

Estos versículos tratan el gran tema de la comunión en la familia de Dios, y también el de los pecados que interrumpen tal comunión. Asimismo, nos dan a conocer la provisión que Dios ha hecho para que dicha comunión se mantenga, así como para su restablecimiento cuando caemos en una falta.

A menudo se utiliza la palabra comunión en las circunstancias cotidianas de la vida. Los hombres del mundo tienen comunión unos con otros. Para ellos, el término tiene un significado relacionado con su propio punto de vista: el interés común que tienen en ciertas cosas que están “debajo del sol”.

Pero, es necesario recordar que en las Escrituras las palabras utilizadas por el Espíritu Santo tienen su significado propio. Esto es evidente por el hecho de que son empleadas según el punto de vista de Dios, y no según el del hombre. Las cosas sagradas y celestiales constituyen el tema de ellas. Los hombres, en su comunión, dejan a Dios completamente de lado, y consideran solamente lo que les interesa a ellos y a sus semejantes. El resultado no sería el mismo si Dios fuera tenido en cuenta y si se le considerara como el factor indispensable en la instauración de dicha comunión.

Pero lo que nos ocupa ahora no es la comunión humana, sino la divina, que es de Dios y que no podría ser sin Dios. ¿Cómo se utiliza esta palabra en las Escrituras? Su uso no siempre tiene exactamente el mismo sentido.

Entre los creyentes cristianos, está relacionada con la Iglesia de Dios. La comunión de los miembros del cuerpo de Cristo está simbolizada por “un (solo) pan”, tal como lo hallamos en la Cena del Señor. El Nuevo Testamento enseña acerca de la comunión, privativa de la Iglesia de Dios entera, al tiempo que también lo hace en cuanto a otros muchos privilegios y responsabilidades vinculadas a esta verdad. Pero en el pasaje citado de la epístola de Juan no hallamos la comunión de la Iglesia de Dios, sino la de la familia de Dios. Más que esto, se verá que está considerada la comunión mutua y la comunión con Dios; con el Padre y con el Hijo.

¿No es esto maravilloso? Pienso que no podemos encontrar un tema más importante en la vida cristiana que el de nuestra comunión con Dios. La comunión de unos con otros sin la comunión con el Padre y con el Hijo sólo sería una pobre relación humana, la cual solamente traería decepciones y quebrantamiento espiritual. Pero la comunión con el Padre y con el Hijo hacen que la comunión mutua sea fácil, espontánea, llena de dicha y gozo.

¿Qué es lo que se entiende por comunión? Pues es lo que se manifiesta cuando dos o más personas tienen pensamientos, sentimientos, objetivos y deseos en común. En una palabra, quienes están en comunión son “uno” en todas las cosas importantes que les conciernen. Tomemos este punto de vista y pensemos en nuestra comunión con Dios. Yo, un miserable gusano, una criatura tomada del polvo, un átomo en el rayo de sol de la vida, ¡soy hecho capaz, por gracia, de tener pensamientos, sentimientos y objetivos en común con el Padre y con el Hijo! ¿No sería increíble si no estuviera escrito en la Palabra?

Sin esta revelación, aquello sería sólo una suposición

blasfematoria. Pero, por el Señor Jesucristo, este privilegio de la comunión está garantizado a todos los que pertenecen a la familia de Dios. En el Hijo de Dios, ellos poseen la incomparable porción de conocer los pensamientos, los designios y las intenciones de Dios, los cuales están revelados en las Escrituras.

II. La comunión con el Padre y con el Hijo

Esta comunión, no siempre fue conocida por los hombres. El apóstol Juan, en los cuatro primeros versículos de esta epístola, señala el origen de dicha comunión. Está relacionada con la aparición del Verbo de vida. El Antiguo Testamento no menciona nada acerca de ella. ¿Por qué? Porque el Hijo de Dios aún no había venido a este mundo.

En los días del Nuevo Testamento, el Hijo vino al mundo para manifestar al Padre, para que los hombres le conocieran. Anteriormente, el poder, la fuerza, la majestad, el juicio — Jehová— pudieron haber sido vistos; pero ahora Aquel que está en el seno del Padre vino del cielo; el Hijo vino al mundo a fin de que los hombres pudieran ver en él lo que es el Padre, y así echó el fundamento de la comunión.

Dicha manifestación mediante el Hijo era simple, pero profunda. En el pozo de Sicar, la samaritana pudo verlo a Él no solamente como el Cristo, sino que, por la fe, incluso pudo ver al Padre en Él. Aun cada niño que Él tomaba en sus brazos debía sentir en ellos un calor que no era terrenal, un amor que jamás había sentido en los brazos de su madre. Era el amor de Dios, el amor del Padre en la persona del Hijo, el Señor Jesucristo. Las compasiones del Salvador aportaban los sentimientos más elevados del cielo a los hombres y mujeres fatigados, pesadamente cargados por los trabajos y las debilidades de esta vida.

Publicanos y pecadores, al creer en el Hijo, experimentaban la bienvenida que les ofrecía el amor del Padre.

Tal comunión es una gran realidad de la experiencia cristiana. No está contenida en la erudita búsqueda de un tema que supera el conocimiento de la mayor parte de los hombres. El apóstol dice que ella está basada en algo que ha sido visto, oído, contemplado y palpado. Depende de un objeto que está fuera de nosotros mismos, del Hijo del amor del Padre. Cuando el Señor Jesús estaba en la tierra, el amor de Dios se manifestaba en él. Todo lo que estaba en el corazón del Padre brillaba en la faz del Hombre de dolores. Y los doce apóstoles que andaban con Él en Judea y en Galilea vieron esa gloria, gloria como del unigénito del Padre.

Así, los apóstoles tenían comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. El Padre les había hablado de su Hijo, del cual el mundo se había burlado y a quien su propio pueblo había rechazado. Él había dado testimonio: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” Los apóstoles habían escuchado esta voz del cielo, este testimonio de pureza, de santidad, de piedad, de amor divino, inseparables de su condición de Hijo eterno.

El Padre daba testimonio del Hijo; ¡y qué será lo que el Hijo no habrá hecho para revelar al Padre! No pronunció ni una palabra que no fuera la palabra que el Padre le había dado. Todos sus hechos y milagros obedecían únicamente a la Palabra de lo Alto. Cada mañana, Él abría sus oídos para escuchar. Aquel que desde el principio conocía todas las cosas hallaba su placer en atenerse a la palabra del Padre. Él y el Padre eran uno.

Dicha comunión entre el Padre y el Hijo fue vista y oída por Juan, y también por otros con él. No eran hombres de la

más elevada inteligencia, adquirida por largos estudios. No. Rudos trabajadores, hombres y mujeres pudieron contemplarla en la persona del Señor Jesucristo. María de Betania también aprendió tal comunión a los pies de Jesús.

Quizá podríamos argüir: «Ellos no comprendieron tal comunión de amor entre el Padre y el Hijo.» No esperemos que alguien la **comprenda**. ¿Comprendemos acaso el amor mutuo que podemos tener? Nosotros reconocemos el amor, pero no podemos explicarlo. Nadie puede describir exactamente el amor de un hombre por su esposa, o de una esposa por su marido. El amor mutuo es un hecho positivo y existe entre personas, sin que se lo pueda cuestionar. Nosotros creemos el Evangelio, que dice: “El Padre ama al Hijo.”

III. Comunión en la luz y el amor de Dios

Dicha comunión de vida eterna y de amor eterno ha sido vista por los apóstoles en Cristo mismo, y mediante ellos llegó hasta nosotros. Por ello, Juan dice: “Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos”. El mensaje, dice, no el mandamiento, es para vosotros, amados hijos de Dios. Nosotros hemos gozado de él mientras andábamos con el Señor. Ahora que Él ha subido a lo alto, con el Padre, vosotros podéis tener comunión con el Hijo, allí donde él está.

Sin embargo, podríamos decir: «Pero, en este versículo no se menciona nada respecto a la comunión. Las palabras que siguen son: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él.» Las Escrituras no contienen ningún error, en absoluto. Hay una razón para la mención de estas palabras referidas a la luz. Antes de que el Espíritu de Dios hable de comunión, indica la naturaleza de Aquel con quien tenemos comunión; Dios es luz.

Notemos que no está escrito: «El Padre es luz», sino “Dios es luz”. El término luz hace nacer un pensamiento diferente al del vocablo amor. El amor es el centro del círculo de la comunión, y allí donde está el amor de Dios se encuentra también la luz. No puede haber comunión fuera de la luz, porque, puesto que Dios es amor, Él es también luz. Y Dios no permite que un lado de su naturaleza supere o eclipse a otro.

Dios es perfecto como luz tanto como amor. Su amor es infinito, y asimismo Su luz. Y sus hijos deben saberlo. En nuestras propias familias, los hijos deben conocer a fondo a sus padres antes de poder tener una comunión perfecta de comprensión. Si una parte importante de la vida de los padres queda oculta a los hijos, no puede haber verdadera comunión entre ellos. Viene a ser algo unilateral, por lo que los hijos desconocen incluso a sus padres.

Asimismo, para tener comunión con Dios, tenemos que saber que Él es luz. La luz es el elemento más puro que existe. Su pureza intensa no puede ser manchada. Un rayo de luz que brilla sobre un charco de agua estancada y corrompida, permanece perfectamente puro. Nada puede contaminarlo. Así también la luz de Dios resiste todo lo que está corrompido y todo el mal que proviene de las tinieblas morales. “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él”. Dios no es en parte luz y en parte tinieblas; Él es luz, absolutamente.

Esta luz que revela la verdad brilla sobre todo ser que llega a las proximidades de Dios. Esto sucedió en el huerto del Edén. Jehová se acercó allí, después de que nuestros primeros padres hubieron pecado. La serpiente había engañado a Eva, y Adán había cometido la transgresión. Los dos se ocultaron tras los árboles del huerto cuando oyeron la voz de Jehová Dios.

Ellos tuvieron miedo, pues estaban desnudos. La cercanía de la luz de la presencia divina les hacía temer que ella revelara su desobediencia, e intentaron poner una pantalla entre ellos y la luz de Dios. El miedo hizo que se ocultaran. La comunión con Dios se rompió a causa del pecado que habían cometido.

Si mi corazón le tiene miedo a una persona, no puedo tener comunión con ella. Si estoy aterrorizado, si tiemblo ante su presencia, ¿cómo podrían estar unidos nuestros corazones? El temor, la desconfianza y la sospecha destruyen la verdadera comunión.

Es, pues, una verdad solemne el hecho de que Dios es luz. Hazte a ti mismo la pregunta: ¿Hay en mi corazón algo oculto que me hace temblar al pensar que puede quedar al descubierto ante la presencia de Dios? ¿Estoy dispuesto a exponer sin temor las fibras íntimas de mi ser ante la luz de Dios? ¿Puedo retirarme a mi cuarto y suplicar: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad” (Salmo 139:23-24)?

Si tu alma no ha sido puesta al desnudo en la luz de Dios, no puedes tener verdadera comunión con Él. Podrás engañarte a ti mismo, pero no puedes engañar a Dios. Él es luz. Él es santo. Él es verdad. Él conoce todos los secretos de tu alma, y desea que los consideres con Él en la luz plena de Su presencia.

No olvidemos esta verdad. Ella es de una importancia práctica fundamental para todo hijo de Dios, sea joven o anciano. Tú, joven creyente, si no has descubierto todo ante Dios, en la reveladora luz de su presencia, hazlo sin tardar. Si has ocultado algo en tu corazón y en tu vida, sea lo que fuere, algo que ha quedado encubierto ante todas las miradas, alguna cosa que nunca has expuesto ante los luminosos rayos de la santidad divi-

na, recuerda que Dios lo sabe. Aquello que te mancha es como una espesa nube que se interpone entre tú y Dios, quien es luz.

Y, sin embargo, Dios es amor. Aunque Él sabe que eres culpable y eres autor de cosas que nadie supone que has hecho, Él te ama, a pesar de lo que eres. ¿Has experimentado esto? ¿Puedes decir: «Aunque soy el peor de los pecadores, Dios me ama y dio a su Hijo por mí?» ¿Sabe esto tu corazón? Podrías pronunciar cien frases triviales acerca de Juan 3:16, sin haber experimentado la fuerza que se encuentra en ese texto. Incluso podrías hablar tan a menudo de él, que su verdadera belleza quedaría perdida para ti. Pero, sentir el amor de Dios es una experiencia completamente diferente, cuando uno es escudriñado a fondo por la luz de Dios. Es la manera en que Dios nos hace comprender el carácter de la comunión que Él tiene prevista para todos sus hijos; la comunión en la luz.

IV. Comunión verdadera y comunión falsa

Existe una verdadera comunión, y también una comunión falsa. El apóstol muestra lo que es esta última: una simple profesión de labios. Es algo que “decimos”. Lo que decimos lo expresamos para que otros puedan escucharlo. Nuestros pensamientos se cristalizan en palabras. Decir es exteriorizar nuestros pensamientos mediante las palabras. Pero incluso en lo que pensamos puede que mantengamos alguna reserva, si la luz no ha brillado en el corazón, el cual es engañoso más que todas las cosas (cf. Jeremías 17:9).

De manera que en lo que “decimos” podemos engañar a los demás. Podemos decirles el cincuenta por ciento de la verdad, o el sesenta o incluso el ochenta por ciento, pero dejando aún algo oculto; esto es tinieblas y no luz. Andamos en tinieblas.

Juan dice muy claramente: “Si decimos que tenemos comunión con Él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad.” No podemos conocer esa comunión a menos que conozcamos la verdad respecto a ella y a nosotros. La verdad del Evangelio consiste en que el Hijo descendió para andar entre los hombres, y a los que creen les ha dicho: “El padre mismo os ama” (Juan 16:27). «Yo estoy entre vosotros como el buen Pastor. Vosotros estabais perdidos, y yo os he buscado. Yo os he hallado, os he traído a mí mismo. Vosotros sabéis cómo os amo. ¡Bien! El Padre también os ama. Yo os amo tanto como Él os ama.»

El Hijo, en su ministerio, siempre manifestó celo por el honor y el amor del Padre. Éste era su tema constante. Si hablaba de sí mismo lo hacía solamente para revelar a los hombres, por ese medio, el amor del corazón del Padre ¿Y que les reveló el Padre a los hijitos? Mirándolo desde lo alto, dijo: “Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Escúchenlo, así jamás errarán el camino. Él es la verdad.

En los evangelios tenemos, pues, la revelación de la unidad, de la concordia, de la comunión perfecta entre el Padre y el Hijo. Y el que recibió esta revelación aprendió los principios primordiales de la comunión divina. Los aprendió en los pensamientos del Padre respecto al Hijo, y en los pensamientos del Hijo respecto al Padre. Y él los conoció porque anduvo en la luz.

Los que andan en tinieblas están fuera de la esfera donde la luz de la presencia de Dios brilla continuamente. Éstos son inconversos; sin embargo, tienen la osadía de **decir**: “Tenemos comunión con él (Dios).” Pero, diciendo esto, ellos mienten y no practican la verdad.

El apóstol nos advierte que no pronunciemos palabras que son contradichas por nuestro andar. Si andamos en luz, no en tinieblas, ninguna mentira escapará de nuestros labios, porque la luz revela la verdad y condena la falsedad.

Las palabras de Juan son siempre muy penetrantes. Sus epístolas tocan a menudo nuestro corazón, porque nos hablan de manera muy simple y directa. Él nos coloca frente a alternativas, entre las cuales no hay término medio. Estamos en la luz, o en las tinieblas; hablamos la verdad, o decimos mentiras.

El Espíritu de Dios utiliza, respecto a la comunión, expresiones tan cortantes como estas, para poner a cada uno en su verdadero lugar. ¡Qué maravilloso sería si todos los que leen estas líneas pertenecieran a la bendita familia de Dios! ¡Y también si ninguno **dijera** que tiene comunión con Dios, mientras hace las obras de las tinieblas, andando en los caminos del príncipe de las tinieblas y viviendo secretamente en lo que es malo! Tales personas viven en la mentira, y la verdad de Dios no está en sus corazones ni en sus caminos. La comunión con Dios exige la santidad y la pureza en el andar. Esto es algo muy elevado.

Luego, en el versículo 7, pasamos del andar en tinieblas al andar en la luz. Lo que dice el apóstol se aplica a toda la familia de Dios. Comprendemos bien que las palabras: “andar en luz” se aplican a todo cristiano, a todo aquel que le pertenece al Señor; y esto en todo tiempo, desde el momento en que creyó hasta el instante en que deja este mundo. Es alguien que anda en luz.

Alguien podría decirme: «No me gusta la forma en que presentas el asunto. En lo que a mí respecta, no puedo admitir que yo pueda andar siempre en luz. Yo creo realmente en el Señor Jesucristo como mi Salvador. Creo que Dios es mi Padre

y que él dio a su Hijo por mí. Creo que mis pecados están perdonados; pero encuentro en mi corazón algo que no debería hallarse en él. Me doy cuenta de que a veces hago o digo algo que es malo, y me siento apenado por ello. Luego siento que no amo al Señor como debería hacerlo. Seguro que se debe a que ando en tinieblas.» ¡No! Justamente, si te sientes culpable de estas cosas ¡se debe al hecho de que estás en luz!

Cada creyente es alguien que anda en luz, como Dios está en luz. Primero ha confesado sus pecados en la presencia de Dios y ha recibido el perdón, y desde entonces permanece en luz. La luz es la esfera en la que se mueve en su andar, y jamás camina fuera de esta esfera.

Trataré de ilustrar esta verdad. Supongamos que un israelita hubiera podido atravesar el atrio del tabernáculo, que entrara en él, levantara el primer velo, luego el segundo, y que llegara al lugar santísimo, donde se encontraba el arca y la gloria que moraba sobre el propiciatorio. Se encontraría, pues, en la luz de la morada de Jehová, su morada en el desierto. El lugar donde él habría entrado estaba lleno de luz. Antes él estaba en el campo, alejado; ahora se encontraba en la morada de luz.

Dios ubica al creyente en la luz de su presencia. Si tú reconoces que no andas según esta luz santa, sino más bien como un hombre del mundo, quien está en tinieblas, equivale a confesar que no andas según la luz; has caído por debajo del nivel que Dios te había dado. Has fallado en esto.

Y, precisamente, cuando cometes una falta en tu andar pierdes la conciencia de la comunión. Seguramente debes de haberlo experimentado. A veces gozas de la comunión con Dios; encuentras tu agrado en Él y en su amor. Te gusta pensar en el Señor Jesús, en su belleza y en su perfección, en sus obras

maravillosas. Tu corazón arde mientras lees las Escrituras; cada palabra te dice grandes cosas respecto a Cristo. Pero, en otros momentos las Escrituras te parecen aburridas. No encuentras nada interesante en ellas. La lectura diaria te parece una tarea fastidiosa. ¿Qué sucedió, pues? Una nube se interpuso entre tu corazón y los rayos de luz y de amor. Ha sucedido algo en tu corazón y en tu vida que ha causado este cambio. Eres un mal hijo; has fallado; pero el Padre permanece fiel. Su luz continúa brillando, pero tú has levantado una barrera. Tu comunión con Dios está rota.

La comunión implica el gozo y la paz en la presencia de Dios. La oración es una forma de comunión o, para hablar más correctamente, debería serlo. Por medio de la oración, llegamos a Su presencia para pedir gracia a fin de obtener socorro en el tiempo de necesidad, mientras que en la comunión, puede haber únicamente gozo en el Padre y el Hijo sin que se le haga ningún pedido. Por ello se puede distinguir entre estas dos cosas.

¿Tienes el hábito de sentarte tranquilamente en la paz de la presencia de Dios? ¿Estimas tal comunión más que toda otra experiencia? Sentirse arrobado por la admiración y la adoración en la presencia del Padre y del Hijo, esto es comunión. Y ese privilegio único les pertenece a aquellos que andan en luz, como Dios está en luz. Más aún, en el ejercicio de esta comunión con Él, “tenemos comunión unos con otros”.

Y el apóstol nos muestra sobre qué justicia está basada esta asociación en luz: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.” Permíteme recordarte aquí la analogía mencionada antes respecto al israelita que entraba en el lugar santísimo del tabernáculo, allí donde brillaba la luz de la gloria que tenía su trono sobre el propiciatorio. Allí se había efectuado

la aspersión de sangre siete veces delante del propiciatorio, en testimonio de la propiciación, terreno de justicia sobre el cual Jehová podía hablar favorablemente al pueblo en medio del cual moraba.

Aquí, en la epístola de Juan, los que andan en luz como Él está en luz, tienen bajo sus ojos la sangre de Jesucristo su Hijo que limpia de todo pecado. La eficacia de esta preciosa sangre mantiene la posición de los hijos de Dios en la luz, incluso cuando ellos pecan. La luz les revela el valor de dicha sangre.

Si pecamos, Satanás dice: «Ahora, tú no puedes acercarte a Dios.» El diablo miente para destruir la paz y el gozo del creyente. Si has pecado, ve directamente a Dios y confíesale tu pecado. E inclinándote humillado delante de Él verás su luz brillando sobre la sangre de Cristo, la sangre que limpia el pecado bajo cualquier forma que éste se haya manifestado.

El apóstol condena luego otra profesión falsa: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos.” No hay algo en que podamos engañarnos más a nosotros mismos que en esto. Pretendemos no sólo que no tenemos pecado, sino que somos sin pecado, incluso que en nosotros no hay ninguna disposición a hacer algo que pueda desagradar a Dios. Imaginamos haber llegado a una etapa de la vida cristiana en la que el pecado no existe más. Esta falsa santidad no es otra cosa que un necio y dañino engaño. Si lo afirmamos, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros.

La raíz del pecado subsiste en cada hijo de Dios. Jamás podremos deshacernos de ella. Es como la mala hierba del jardín, cuyas raíces se reproducen bajo el suelo; arrancamos la planta que crece en la superficie, pero la raíz queda y crece nuevamente. Aunque quedara sólo una partícula de raíz, crecerá; y,

hagamos lo que hagamos, jamás podremos desarraigar el pecado de nuestros corazones. Podemos pensar que lo logramos porque no vemos raíces, pero las Escrituras nos dicen que nos engañamos a nosotros mismos.

Pero si no podemos deshacernos del pecado, ¿qué debemos hacer cuando la mala naturaleza se pone en actividad y cometemos pecado? “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel...” Amo esta palabra: “fiel”. Dios es fiel; no es como el hombre que no cumple con su parte en un contrato cuando la otra parte falla. Pero ¿qué hace Dios cuando nosotros fallamos? Él no nos deja, sino que nos muestra el remedio: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel... para perdonar nuestros pecados.” Así que si has pecado, confíesalo sin buscar excusas. Dile. «He pecado; hice lo que es malo ante tus ojos.» Él te perdonará y te lavará.

Pero observemos que Él es tan justo como fiel al perdonar y limpiar los pecados. La razón por la que Él es justo obrando así se ve en el capítulo 2. Jesucristo el justo está en la presencia del Padre. No solamente la sangre de Jesucristo está en la luz, sino Jesucristo mismo, quien derramó esa sangre, está con el Padre. Así, cuando confesamos nuestros pecados, somos limpiados de toda maldad (o injusticia).

La purificación es necesaria para gozar de la comunión. Si pesa sobre mí alguna injusticia, ¿cómo podría tener comunión con Jesucristo el justo? “¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia?” Si la comunión se rompe, ¿cómo puede ser restablecida? Él es fiel y justo para limpiarnos de toda maldad mediante su Palabra. El agua de la Palabra quita la iniquidad, y así me da la capacidad de estar en comunión nuevamente.

V. *La comunión y el Abogado*

El principio del capítulo 2 muestra el objetivo de este pasaje: no deberíamos pecar y, como consecuencia, perder la comunión. “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis” (v. 1). Existe, pues, la posibilidad y el peligro de que pequemos. ¿Crees en la existencia de este peligro? ¿Prefieres engañarse diciéndote que esto no se aplica a ti?

Seamos francos. Si el Señor te deja en este mundo hasta mañana, ¿hay peligro de que peques? ¿Es posible que algún pecado se interponga en tu comunión? El apóstol pensaba que sí, y escribió estas cosas para que no pequemos.

Pero, ¿qué sucede si, a pesar de la advertencia, pecamos? ¿Habrá alguien que pueda ayudarnos personalmente? “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (v. 1). ¿No es esto algo alentador? Podemos desconfiar de nosotros mismos porque no nos sentimos capaces de ser sorprendidos por una falta, porque tenemos un carácter demasiado fogoso, por ejemplo. Entonces necesitamos de alguien que nos impida sucumbir, y nos levante si acabamos de caer. Tenemos a nuestro abogado, a Jesucristo el justo, quien hace esto y mucho más aún.

¿Qué es un abogado? Una idea corriente sostiene que su papel consiste en cambiar la ira del Padre en amor y a favor de nosotros. Pero ése no es el verdadero significado de este título. Jesucristo el justo no hace que el Padre cambie cuando pecamos. El Padre es justo. Jesucristo también. Él no pasa por alto el pecado de sus hijos, sino que juzga Su propia casa. Y la frase no significa que el abogado modifica el corazón del Padre para con sus hijos falibles. Las palabras: “Para con el Padre” a menudo no son comprendidas correctamente.

La frase: “Abogado tenemos para con el Padre”, indica el lugar donde se encuentra el abogado. Jesucristo no está en el mundo; él está con el Padre. En el capítulo 13 del evangelio según Juan, Jesús estaba a punto de dejar el mundo para ir al Padre. Él iba a subir a su Padre y a nuestro Padre, y prometió enviar otro abogado, el Espíritu de verdad, para que estuviera con nosotros aquí en el mundo durante su ausencia. Y en esta epístola aprendemos que Jesucristo no está más con nosotros aquí abajo, sino que está con el Padre como nuestro abogado.

¿Qué hace, pues, este abogado? Un abogado o *Paraclete* (en griego) es aquel que se ocupa de administrar todo lo que me concierne, incluso si pecco. Él toma mi causa a pechos y tiene la misión personal de velar por todo. Éste parece ser el significado más simple y comprensible de esta bella palabra.

Allí, con el Padre, el Señor Jesús, en su amor, supervisa nuestros asuntos. Él hace esto antes de que pequemos, a fin de que no lleguemos a pecar. Y cuando pecamos, Él no espera hasta que confesemos nuestros pecados, sino que utiliza su Palabra mediante el Espíritu Santo para que los confesemos y seamos limpiados a fin de que nuestra comunión sea restablecida.

Los ojos de Jesucristo el justo estaban sobre Simón Pedro antes de que se produjera la caída de éste. Cuando Satanás atacó al discípulo lleno de confianza en sí mismo, el Señor oraba por él. Antes de que Pedro hubiera entrado a la residencia del sumo sacerdote, antes de que hubiera ensuciado sus labios con imprecaciones y juramentos, el abogado, que estaba en la tierra, había intercedido por él. Mediante tal intercesión, Pedro fue preservado de tener el fin de un Judas. Este abogado está ahora con el Padre, y está allí por nosotros.

Necesitamos este abogado de muchas maneras y en

todo tiempo; pero si alguno ha pecado, necesita al abogado en el carácter de Jesucristo el justo. El pecado coloca al creyente bajo la acusación de maldad (injusticia), y necesita ser purificado para gozar de la comunión (1:9). Y Jesucristo el justo es quien emprende esta tarea. Él es quien nos ha sido hecho justicia, y en Él tenemos una posición de justicia invariable.

Si no vivimos a la altura de dicha posición, caemos muy bajo, en la injusticia. Todos los que han recibido esta posición pueden no vivir según ella, pero esto no cambia dicha posición. Un príncipe de sangre real puede faltar a su dignidad, pero siempre será un príncipe por nacimiento. Así también, el hijo de Dios que peca pierde su comunión, pero no su relación filial. El abogado produce en él la convicción de pecado, la confesión, y hace efectivo el perdón y la purificación mediante su servicio fiel y lleno de amor.

La mirada de los soldados y la de la criada portera que estaban en el patio de la residencia del sumo sacerdote no tocaron la conciencia de Pedro, pero la mirada del Señor quebró su osadía. Pedro huyó en la noche, lleno de vergüenza y plenamente arrepentido, reconociendo su falta con lágrimas amargas. El Señor se ocupó particularmente de Simón Pedro a fin de lograr que éste volviera y fuera restaurado. Más tarde, Jesucristo el justo le confió a sus cuidados a Sus ovejas y a Sus corderos; tarea que no habría sido capaz de llevar a cabo si el abogado no hubiera intervenido a su favor.

Este abogado está ahora con el Padre para obrar, con sabiduría y gracia, a favor de aquel que peca. Su servicio actual consiste en mantenernos en esta comunión, la cual es de naturaleza celestial. Ésta es la comunión que nos hace capaces de ser testigos suyos mientras estamos en este mundo. Cuando nos

mantenemos en ella, Él nos modela y nos educa a su agrado. Cuando no tenemos dicha comunión, Él trabaja en vista de nuestra restauración. Si alguno peca, este abogado jamás es insuficiente. Él extrae el mejor dictamen de la causa más mala. ¡Oh, Señor, tu amor sobreabunda!

Pero hay otra verdad que se nos revela respecto a Jesucristo el justo, nuestro abogado. “Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (lit. por todo el mundo).” Aunque en esto hallemos una completa provisión para limpiar nuestros pecados, como ya lo hemos visto, es necesario no subestimar la gravedad y la culpabilidad de nuestros pecados. El pecado es siempre un acto terrible, serio en el más supremo grado en el caso de un hijo de Dios, en quien mora el Espíritu de Dios y posee todos los privilegios celestiales. Por eso se nos muestra que Aquel que es nuestro abogado, es el que sufrió y murió por nuestros pecados, y quien es la propiciación por nuestros pecados. Él ha hecho propiciación mediante su sacrificio expiatorio, y es en Sí mismo la propiciación, abarcando en su persona todo lo que la obra de la propiciación significa y lleva a cabo.

¿Quién mejor que nuestro Abogado conoce nuestros pecados? Él llevó nuestros pecados y, respecto a ellos, ofreció a Dios todo lo que satisfizo para siempre su santa naturaleza. Él cumplió esta obra hasta en sus más ínfimos detalles; a Él le pertenece toda la gloria de la propiciación; y, si pecamos, Él es nuestro abogado.

Jesucristo ha sido la propiciación por nuestros pecados en la cruz; Él es la propiciación sobre el trono en la gloria; Él es la propiciación para con el Padre. Él es el mismo ayer, hoy, y eternamente. ¡Es nuestro Abogado! Por el poder de su persona

y la eficacia de su obra hecha en la cruz, Él es el Intendente de nuestros asuntos, nuestro Intercesor cuando pecamos, nuestro sostén en todo lo que concierne a nuestra comunión con el Padre y con el Hijo y nuestra comunión unos con otros.

¡Ojalá que podamos comprender cabalmente qué precioso Abogado tenemos, y cuál es la plenitud de su poder y su amor! ¡Cuán a menudo nos olvidamos tanto de Él mismo como de su servicio invisible a nuestro favor! ¡Cuán a menudo nuestros pecados le obligan a servirnos! Somos tan malos, tan testarudos, tan caprichosos, tan obstinados; y, sin embargo, Él no nos deja ni nos abandona, jamás. Él quiere que tengamos una comunión sin interrupciones con Él, con su Padre y entre nosotros.

La comunión es una de las más grandes bendiciones de la vida cristiana. Nuestro Abogado está con el Padre para que podamos tener parte en ella. Él desea que mientras estemos en la tierra compartamos su propia comunión con el Padre en el cielo y que gocemos en la tierra la luz de los cielos.

El Padre y el Hijo están unidos en su objetivo, es decir, en todas las cosas, y es la voluntad de Dios que nosotros, que somos su familia, seamos admitidos a compartir la armonía secreta de la comunión divina. ¡Que Dios nos conceda la gracia de ser guiados por Él a adquirir una comprensión más profunda de dicha comunión y de todo lo que ella significa para nosotros en medio de las ocupaciones y las distracciones de la vida diaria!

Tal comunión no es solamente para los “padres” y los “jóvenes”, sino también para los “hijitos” en Cristo, puesto que ellos también conocen al Padre. Y si ellos conocen al Padre, pueden regocijarse en Él. ¿Qué otra cosa podrían hacer sino regocijarse en tal Padre?

En Lucas, capítulo 15, hallamos una ilustración de nuestra comunión con el Padre. No había comunión entre la oveja perdida y el pastor y sus amigos; y aún menos entra la dracma perdida y la mujer y sus vecinas. Ni la dracma ni la oveja participan del gozo de aquellos que las hallaron. Pero cuando el hijo perdido vuelve a su casa, lo vemos a la mesa con su padre. Allí se encuentra el anillo, el mejor vestido y el becerro gordo. El padre y el hijo se regocijan juntos. El hijo dice: «¡Qué padre tengo!» El padre dice: «Este es mi hijo; él estaba en un país lejano; ahora está en la casa. Se había perdido, pero fue hallado; estaba muerto, pero ha vuelto a la vida.» El Hijo nos conduce a esta comunión con el Padre.

En el campo estaba el hijo mayor, quien estaba fuera de la comunión de la casa. Él es un hijo tanto como el pródigo, y su lugar también está a la mesa. Pero en él no hay un espíritu de comunión. Su corazón es duro y frío. Él no quiere encontrarse con su hermano arrepentido. “Este tu hijo”, expresa, en lugar de decir «mi hermano». No siente el deseo de tener comunión con su padre: Nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos”; prefería a sus amigos, antes que a su padre.

Este hijo mayor era absolutamente extraño a la comunión que se manifestaba a la mesa entre el padre y el hijo. Pero la parábola nos da una imagen de la comunión que nos pertenece: la comunión con el Padre y con el Hijo, y unos con otros. Incluso si el pecado interrumpe esta comunión, tenemos un abogado para con el Padre; y Él es la propiciación por nuestros pecados. Y si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.

W.J. Hocking (M.E. 1945)

“AIRAOS, PERO NO PEQUÉIS”

Efesios 4:26; Santiago 1:19-20

La Palabra marca una diferencia entre la ira según Dios y “la ira del hombre (que) no obra la justicia de Dios”. La ira según Dios es la indignación que siente la naturaleza divina en presencia del pecado. La ira del hombre es también la indignación que provoca en él una falta cometida, pero sobre todo, cuando, en el grado que sea, se siente dañado por ella. El hecho de ver sólo el pecado está lejos de indignarlo siempre. Un diccionario define así la palabra ira: «Pasión del alma, que mueve a indignación y enojo contra lo que le desagrada.» Sabemos que nada nos desagrada tanto como el hecho de ser tocados en nuestro amor propio. Por eso no podríamos tomar nuestra indignación contra el mal del que somos testigos como la medida justa de lo que debe ser la ira, porque lo que constituye la gravedad del pecado es lo que tiene relación con Dios y no con nosotros mismos. Si no estamos en comunión con Dios, nos exponemos a juzgar mal, según nuestra pobre medida, indignándonos excesivamente o, al contrario, siendo desmedidamente tolerantes.

La naturaleza absolutamente santa de Dios no soporta ver el pecado. Contrariamente a lo que siente el hombre, todo pecado provoca Su ira, pues todo pecado es cometido contra Él y echa una afrenta a su dignidad, a la majestad de su Ser. José le dijo a la mujer de Potifar: “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios? (Génesis 39:9). La medida de la ira de Dios fue manifestada en la cruz, cuando el amado Hijo del Dios a quien habíamos ofendido cargó sobre sí todos nuestros

pecados para sufrir el castigo de ellos. Fue entonces cuando la “ira de Dios”, en supremo grado, se reveló desde el cielo contra toda impiedad e injusticia (Romanos 1:18).

El creyente, mediante la fe por la cual participa de la naturaleza divina y que es “creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24), siente, en la medida en que está en comunión con Dios, un santo horror por el pecado; siente lo que el pecado es en sí mismo para Dios y, en consecuencia, para la nueva naturaleza. No necesita ser alcanzado personalmente por el pecado para indignarse por ello. Pero, por otra parte, puede suceder que llegue a familiarizarse con el mal; por eso necesita la exhortación que se encuentra en los versículos que encabezan estas líneas: “Airaos, pero no pequéis.” El creyente que no monta en ira frente al pecado da pruebas de su indiferencia respecto al bien y al mal; impasible en presencia del pecado, está expuesto a ser indulgente consigo mismo y a no indignarse a causa del mal cuando es alcanzado por éste personalmente. En este caso se mostrará muy susceptible, se levantará con mucha fuerza contra aquellos que pueden haberle hecho daño, aun cuando se muestre indiferente respecto a los derechos de Dios. Así, su ira no será más según Dios, sino que será “la ira del hombre (que) no obra la justicia de Dios” o, en otros términos, no obra lo que es justo según Dios. Tal ira es pecado; es preciso evitarlo a todo costo.

Después de haber dicho que Dios “nos hizo nacer por la palabra de verdad”, Santiago exhorta a todo hombre a ser “pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios.” **Pronto para oír**, a fin de que sus pensamientos y sus actos sean formados por la Palabra de Dios. **Tardo para hablar**, a fin de que su lengua sir-

va solamente para expresar lo que proviene de la nueva naturaleza enseñada por Dios, a fin de que, vigilando su boca, no haga salir de ella lo “dulce” y lo “amargo” a la vez (3:11). **Tardo para airarse**, a fin de que tenga tiempo de juzgar si esa ira es según Dios o según el hombre. A causa de que la carne está aún en nosotros, y siempre lista para mezclarse con lo que proviene de la nueva naturaleza, el Espíritu de Dios, mediante el apóstol Pablo, une a la exhortación de **airarse** otra que nos advierte que **no pequemos**, la cual es un correctivo necesario que nos hace evitar dicha mezcla: “Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo.” Es necesario, pues, que el enojo respecto al pecado provenga solamente del hecho de que Dios ha sido ofendido, que ha sido deshonrado por un acto contrario a Su naturaleza. Si se mezclan otros motivos todo queda desvirtuado.

Sucede lo mismo con la santidad, que es la separación del mal **para** Dios y de la cual sólo Dios es la medida. Si rebajamos esa medida a nuestro nivel, tomándonos a nosotros mismos o a otros como medida, habremos perdido la verdadera medida de la santidad.

Una verdadera indignación contra el mal tiene, pues, como causa y como medida a Dios, su gloria y sus intereses; por lo tanto no debe entrometerse en ello, de ninguna manera, nada de lo nuestro ni nosotros mismos. Pero, como nosotros introducimos con tanta facilidad nuestros sentimientos en lo tocante a la gloria de Dios, es necesario que esta ira santa, en su integridad, no se prolongue más allá de una medida justa. Para no superarla, es preciso que nos juzguemos a nosotros mismos; si no, al dejarle el campo libre a la carne, daremos ocasión al diablo. Si, por un lado, para el nuevo hombre la carne es un enemigo vencido,

por otro, le ofrecemos una presa fácil cuando nos ubicamos en su terreno.

El hecho de confundir la ira del hombre con la ira según Dios produjo funestos efectos entre los santos. Y con respecto a la disciplina en las asambleas ¡cuántas dificultades y disensiones han sido provocadas por tal infiltración de la carne! Si surge un mal, el primer movimiento del alma será una indignación según Dios, producida por la nueva naturaleza. Pero la carne estará allí al acecho, buscando siempre la ocasión de manifestarse; de modo que no debemos prolongar la indignación ni permitir que salga de los límites en los cuales ella debe producirse; de otro modo podríamos falsear el juicio que debemos ejercer sobre el mal, permitiendo que en tal juicio se introduzcan motivos que no son de Dios.

Hay casos en que aquel que comete una falta no ha ofendido a nadie individualmente; pero uno u otro de los hermanos puede haber tenido alguna dificultad con el tal y haber guardado algún resentimiento o aun ser influenciado por una antipatía natural. En el momento en que se presenta un mal, esos recuerdos se despiertan, la indignación rebasa la medida de los sentimientos del nuevo hombre, se permite que el sol se ponga sobre su enojo, se sobrepasa la medida divina; la carne obra bajo el pretexto de mantener los intereses del Señor y, como lo hemos dicho, Satanás encuentra allí una ocasión favorable para llevar a cabo su obra falseando el ejercicio de la disciplina o complicándola y ocasionando una disensión entre hermanos y en la asamblea.

Es de vital importancia no guardar resentimientos hacia aquellos con los que se puede haber tenido dificultades; estas cosas, así como las antipatías naturales deben ser juzgadas. De

otro modo, esa levadura producirá sus efectos tarde o temprano; la raíz de amargura brotará y por ella muchos serán contaminados.

Si cuando surge un mal algunos hermanos se ven personalmente involucrados, ellos deben ser particularmente reservados en su juicio, a fin de no añadir la ira del hombre a la que es según Dios. Ellos más bien deberían dejar obrar a aquellos cuyos intereses personales no están en juego, y estos últimos tendrán que estar exentos de un espíritu partidista, a fin de aportar un juicio sano, impregnado del verdadero carácter divino.

En resumen, seremos guardados en el pensamiento de Dios si en toda cuestión dejamos que intervenga solamente su gloria, si pensamos en lo que es el pecado frente a su santa naturaleza, y si tenemos en cuenta que la santidad de Dios nos ha sido conferida también a nosotros y a la Iglesia. De esta manera, evitaremos introducir la carne, con sus motivos personales, su espíritu partidista o familiar, sus simpatías o sus antipatías naturales. Estas últimas nos llevan a sobrepasar en severidad la medida divina, o bien a tolerar el mal, olvidando que Dios no hace acepción de personas. En nuestra debilidad e imperfección, nos llega a suceder que el sol se pone sobre nuestro enojo o, al contrario, que no nos airamos. Para evitar estas cosas necesitamos cultivar la comunión con Dios, vivir en la atmósfera de su presencia, practicar el juicio de nosotros mismos y, finalmente, pesar todas las cosas en la balanza del santuario. Así evitaremos la injerencia de la carne en el dominio de las cosas santas.

S. Prod'hom (M.E. 1925)

MEDITACIONES BREVES

Nº 3

Pero tú...

2.ª Timoteo 3:10, 14; 4:5

Estamos viviendo los tiempos peligrosos de los cuales el apóstol nos habla en esta epístola. Los hombres que constituyen la cristiandad tienen entre sus manos la Palabra de Dios, es decir, la verdad. Ellos tienen esta **verdad**, que es “la forma de la piedad” (3:5 VM), o más bien **el poder formativo** de la piedad, pero no hacen ningún uso de ella para impulsar a las almas —incluyendo las suyas— a la piedad, y niegan la eficacia, el poder de ésta; de modo que aquellos a quienes ellos les enseñan están siempre aprendiendo y nunca llegan al conocimiento de la verdad.

La cristiandad actual está dominada por la **corrupción moral** de la que el apóstol hace una triste descripción (3:6-7) y por la **corrupción espiritual** de hombres que resisten a la verdad, siendo corruptos de entendimiento (3:8).

Ante este cuadro tan sombrío de la cristiandad, ¡qué consolador es saber que Dios nos ha trazado un camino luminoso en medio de tales tinieblas! Los hijos de Dios son llamados a seguir dicho camino individualmente, tal como Timoteo. Esa senda es ciertamente según el corazón de Dios, y Jesucristo puede ser honrado y exaltado en ella como en los más bellos días de la historia de su Iglesia.

Tres cosas caracterizan al testimonio actual en medio de la ruina, y se ponen de manifiesto mediante la expresión: “Pero

tú...”, que el apóstol le dirige tres veces a su fiel discípulo y compañero de obra:

1.º “**Pero tú** (3:10) has **seguido** mi doctrina”; es decir, tú no te has limitado a **conocerla**; sino que te la has **apropiado como si formara parte de ti mismo; tú la has seguido y la has puesto en práctica**. El apóstol siempre había adaptado su **conducta** a su **enseñanza**; Timoteo había hecho lo mismo. El **blanco** del apóstol era Cristo en la gloria, por lo cual afirmaba: “Una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta” (Filipenses 3:13-14). Su **fe**, su **longanimidad** y su **paciencia** se manifestaban a la par de su **amor**, ese amor que todo lo sufre, todo lo cree, todo lo soporta, incluso al precio de sufrimientos y persecuciones. Para Timoteo, todo esto se resumía en una expresión: él **vivía realmente su cristianismo**, expresado en la palabra, las enseñanzas y la vida del apóstol.

2.º “**Pero tú** (3:14), persiste en lo que has aprendido.” Timoteo es exhortado a fijar su domicilio, por así decirlo, en estas cosas, a no desviarse de ningún modo, **ateniéndose con firmeza a la absoluta, a la plena inspiración de las Escrituras**; éstas hacen que “el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”

3.º “**Pero tú** (4:5) sé sobrio en todo, etc.” Cada uno de nosotros es exhortado a cumplir con su ministerio (servicio) **hasta el fin**, sin flaquear, y eso es lo que Timoteo tenía ante sus ojos en el testimonio del apóstol, quien se acercaba al fin de su carrera.

¡Ojalá podamos decir como él y su querido Timoteo: «he cumplido mi ministerio»!

H. Rossier (M.E. 1921)

ALIMENTO PARA EL PUEBLO DE DIOS

“Vino entonces un hombre de Baal-salisa, el cual trajo al varón de Dios panes de primicias, veinte panes de cebada, y trigo nuevo en su espiga” (2.º Reyes 4:42).

He aquí un hombre que se interesaba por el bien del pueblo y que trajo al varón de Dios lo que podía alimentarlo. Es cierto que era poca cosa, un alimento muy simple, incluso un poco vulgar. En su alforja no había grano tostado ni tortas de pasas, ni pan de harina fina de trigo, no; pero lo que él aportó era, sin embargo, un recurso precioso, sobre todo en un tiempo de hambre, y no había que despreciarlo.

“¿Cómo pondré esto delante de cien hombres?”, dijo el sirviente. Pero el hombre dijo: “Da a la gente para que coma, porque así ha dicho Jehová: Comerán y sobrarán.” El sirviente sentía la pobreza de esos recursos, pero confiando en la palabra de Jehová, puso esos alimentos delante de ellos y comieron y les sobró, según la palabra de Jehová.

¡Qué importante es este relato, tan simple, para los días actuales!

Para nosotros, Cristo es las primicias; y cuando Él es presentado a las almas con toda sencillez mediante un ministerio que no pretende hacer alarde de grandes conocimientos ni de un

don muy atractivo para la carne, viene a ser un alimento precioso para el Pueblo de Dios.

El hombre de Baal-salisa aportó panes de cebada y trigo nuevo en su espiga, el cual era necesario sacudir y zarandear antes de poder consumirlo; sin embargo, ¡qué preciosa comida se hizo en la presencia del varón de Dios!

Tales recursos son de gran valor en el presente. Antaño, en muchas asambleas, los santos eran alimentados de esta manera.

Varios de nosotros hemos conocido a hermanos ancianos que daban eminentes muestras de su amor por el Señor y por los hermanos, y que con toda simplicidad y con un lenguaje muy rudimentario, pero cálido, nos hablaban del Señor; y las almas eran alimentadas de Él, quien, presentado así ante nuestros ojos, venía a ser precioso para los corazones. En aquellos tiempos, a menudo se comía “**pan de cebada**”, pero las almas prosperaban.

Hoy en día, muchos queridos hermanos podrían ser instrumentos de bendición en las asambleas donde el Señor los ha puesto, si ellos no pensaran que cuando uno se levanta para tomar la palabra en la iglesia es necesario presentar un discurso. Y como sienten su incapacidad para hacerlo, optan por callarse. Tales hermanos han gozado del Señor, han recogido algo de su adorable persona en las ricas páginas de la Palabra. ¿Por qué, entonces, se niegan a presentar delante de los santos lo que han recogido, lo que tienen en sus manos? ¿Por qué son reticentes para leer el capítulo o la porción que les ha hecho bien y, asimismo para añadir a dicha lectura aunque fueran sólo cinco palabras, si el Señor se las diera, a fin de resaltar algo de su Persona?

Probablemente eso sería considerado como poca cosa

a los ojos de los hombres, pero si esas cinco palabras provienen del corazón, ellas penetrarán en el corazón de aquellos que las escuchen y habrá bendición, incluso abundante; los corazones serán calentados y las almas alimentadas.

El Señor no desprecia las cosas pequeñas, y bien puede valerse de cinco panes que se encuentren en las manos de un muchacho, para dar alimento abundante.

Alf. Guignard (M.E. 1926)

HA RESUCITADO EL SEÑOR VERDADERAMENTE

(Lucas 24:34)

por F. von Kietzell

(Viene de la página 72)

Capítulo 10

¿Me amas?

Juan 21:15-17

Las palabras que el Señor le dirige ahora a Pedro, después de haber comido, hacen brillar la gracia inefable de Jesús. Son la conclusión de su paciente trabajo en vista de la restauración de este discípulo que había caído tan bajo.

Antes de la caída de Simón, el Señor ya había orado por él,

para que su fe no faltara (Lucas 22:31-32). Y vemos qué cuidados Él prodigó a partir de ese momento a este discípulo que todavía no se conocía a sí mismo. Las manos del Señor tuvieron que reparar el mal que la espada de Pedro había provocado al dejarse llevar por un celo carnal (Lucas 22:49-51). Aún más, Pedro negaría a su Señor, quien a cambio le dirigió una mirada llena de tristeza y de compasión, la que le haría sentir a este pobre discípulo toda su culpabilidad, y lo haría verter lágrimas de arrepentimiento sincero (Lucas 22:61-62). El Señor, después de la resurrección, le envió a Pedro un mensaje especial (Marcos 16:7). Cuando se le apareció, poco después de su resurrección, le dirigió palabras de gracia y de perdón, para que pudiera hallar nuevamente el gozo de la comunión con Él (Lucas 24:34). Pedro, teniendo así “lavados” sus “pies” —según la figura que hallamos en Juan 13—, podía tomar desde esa noche su lugar entre aquellos a quienes el Resucitado saludó diciéndoles: “Paz a vosotros.” ¡Qué Señor tenemos! ¡Él no hace nada a medias! El pasaje que tenemos ahora ante nuestros ojos nos muestra cómo Aquel que conoce los corazones termina la obra de restauración en un discípulo que había sido víctima de una muy grande confianza en sí mismo.

El comportamiento de Pedro, durante esa mañana en la orilla del mar, prueba que su conciencia había sido restaurada y purificada. Pero, por importante que fuera eso, aún quedaba algo por hacer. La gracia había quitado su pecado, pero era necesario que este discípulo reconociera y juzgara las causas profundas de una caída tan grave.

“Cuando hubieron comido...” El Espíritu Santo introduce la escena mediante esas palabras. Durante la comida, el Señor no había hecho ninguna alusión al pasado. Había llevado a Simón a su mesa y le había hecho gustar su bondad. Sólo después se volvió hacia él. ¡Sabía escoger exactamente el momento oportuno y el mejor medio para alcanzar su objetivo!

“Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? (v. 15). Las palabras

“hijo de Jonás” le recordaban a Pedro su origen, de dónde lo había rescatado la gracia. Esta manera de dirigirse a él, tres veces, debió conmover profundamente el corazón del discípulo. ¡Y cuánto más aún las palabras que siguieron! “Más penetrante que espada de dos filos”, la primera pregunta: “¿Me amas **más que éstos**?” debió alcanzarlo muy particularmente. “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré”, había afirmado antes de su caída (Mateo 26:33). ¡Qué confianza tenía en sí mismo! Su caída había sido para él una prueba magistral de las ilusiones que se había hecho por su propia cuenta, ¡no solamente esa noche, sino también otras veces anteriores!

“Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos” (v. 15). ¿No era un amor profundo, ferviente, el que había impulsado a este discípulo a pronunciar las presuntuosas palabras a las cuales la pregunta del Señor aludía? ¿Acaso no había arriesgado realmente la vida por su Señor cuando sacó la espada para defenderlo, y cuando lo había seguido hasta el patio de la residencia del sumo sacerdote? ¡Desgraciadamente, a Pedro lo había engañado su propio corazón, pues su amor no había soportado la prueba de una pregunta sarcástica hecha por una criada portera! Por eso, ahora se expresaba con mucha prudencia, entregándose enteramente a Aquel que conocía su corazón mucho mejor que él mismo: “Sí, Señor; tú sabes que te amo¹⁾” El Señor se sintió satisfecho con esta declaración y respondió a ella confiando a Pedro a los pequeños de su rebaño: “Apacienta mis corderos.”

“Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” (v. 16). Las palabras “más que éstos” no aparecen en la segunda pregunta, como queriendo decir: «A un discípulo que un día

comenzó a imprecicar y a jurar: “No conozco a este hombre de quien habláis” (Marcos 14:71), ¿puedo pedirle que hable de amor por mí?» Pedro, profundamente humillado, respondió en los mismos términos que antes. Ahora, el Señor podía dar otro paso, encargándole a Pedro una misión más: “Pastorea mis ovejas”.

“Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” (v. 17). Esta vez el Señor utilizó la misma expresión que Pedro había empleado en sus respuestas. ¿Podía hablarle, siquiera, de amistad? ¿Había algo a lo que Pedro pudiera pretender? No, absolutamente nada. La triple pregunta que el Señor le había hecho ponía al desnudo inexorablemente —aunque tan tiernamente como era posible— los recovecos más oscuros del corazón de Pedro. Ahora, este discípulo comprendía que no podía confiar de ningún modo en sus propios sentimientos. Había llegado al colmo de la humillación, lo cual expresaban ahora sus palabras, de manera extremadamente conmovedora.

“Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? Y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo” (Juan 21:17). Ahora el discípulo renuncia por completo a toda capacidad de discernir “los pensamientos y las intenciones” de su propio corazón. Ni siquiera responde con la expresión: “Sí, Señor”, como lo había hecho precedentemente. Le deja al Señor el cuidado de apreciar sus sentimientos, remitiéndose a Sus manos con absoluta confianza. ¡Qué lección para nosotros!

Capítulo 11

“Sígueme tú”

Juan 21:18-23

El perfecto amor de Jesús había hecho todo lo necesario para restaurar plenamente al discípulo que había caído; primeramente a solas con él y luego públicamente delante de sus hermanos. El

1) Cuando el Señor le formula estas preguntas a Pedro, las dos primeras veces utiliza la palabra griega *agapao*, que expresa un amor muy fuerte, apasionado. Por su lado, Pedro emplea la palabra más débil *fileo*, que expresa más bien un amor-amistad.

Señor, en su gracia, había rogado para que la fe de Simón Pedro no faltara. No hay dudas de que la **triple pregunta** que el Señor le dirigió alcanzó su objetivo; hallamos la prueba de ello en el hecho de que, a continuación, le fuera confiada una **triple misión**. Ahora, el discípulo del Señor había “vuelto” y podía confirmar a sus hermanos (Lucas 22:32). Pero, en lo sucesivo, su camino sería completamente distinto del que había seguido hasta ese momento. Esto es lo que se sobreentiende en las palabras solemnes, pero también algo enigmáticas, que Jesús le dirige a su querido discípulo: “De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios” (v. 18-19). ¡Qué declaración! El pasado y el porvenir de este siervo de Jesús se encuentran yuxtapuestos en un resumen conmovedor. El camino lo llevaba de un extremo al otro, por así decirlo, y ese camino era el del quebrantamiento de su propia voluntad.

“De cierto, de cierto te digo”; esta es la última vez que escuchamos al Señor utilizando esta afirmación característica, de la cual se valía tan a menudo como introducción a lo que iba a decir.¹⁾ El Señor ya se había dirigido de esta manera a Pedro, durante la noche en la que había tenido que anunciarle la triste flaqueza que éste iba a manifestar: “De cierto, de cierto te digo: No cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces” (Juan 13:38). Dicha flaqueza, de hecho, iba a tener como consecuencia el quebrantamiento de su recia voluntad, de su independencia y de su confianza en sí mismo. Ella cerraría definitivamente un período durante el cual Pedro, por así decirlo, se había ceñido a sí mismo; es decir, durante el cual él había

1) Es un hecho muy conocido que la expresión “de cierto” repetida dos veces (hablando propiamente “amén”) sólo se encuentra en el evangelio según Juan. El lector que busque estas veinticinco expresiones hallará en ellas un excelente tema de meditación y de oración.

sido su propio amo (al menos era lo que él había creído), y había ido a donde quería. Pero ése no puede ser jamás el camino de un discípulo de Jesús, el de un siervo del Señor. Cristo fue clavado en la cruz por nosotros, y ello demuestra de manera definitiva cuál es el lugar donde debe quedar nuestra vieja naturaleza y nuestra propia voluntad.

Pedro mismo debía terminar su vida, en un sentido muy literal, de una manera que lo identificara con su Señor en su muerte. Tenía que ser “semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:10). ¡Qué honor para Pedro! Su declaración: “Mi vida pondré por ti”, se haría realidad, pero esta vez con un espíritu de completa dependencia. Pues para llegar a ello el camino debía ser el mismo que para cualquiera que desea servir y seguir al Señor: el de una voluntad quebrantada. “A donde querías” era lo característico del camino antiguo, “a donde no quieras” es lo que distingue el camino nuevo. Sólo aquel que permanece cerca del Señor, con un corazón firme, puede seguir tal camino.

“Y dicho esto, añadió: Sígueme” (v. 19). Una sola palabra, ¡pero qué importante! La hallamos a menudo en las Escrituras, y nos describe del modo más claro la senda estrecha, pero tan bendita, del siervo. “Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” (Juan 12:26).

Desde este punto de vista, el camino de todo siervo del Señor es el mismo, aunque las tareas que el Amo asigne a cada uno sean diferentes. El “discípulo a quien Jesús amaba” también seguía al Señor. Pedro, quien estaba unido a él con un gran afecto, se dio cuenta y le preguntó: “Señor, ¿y qué de éste?” (v. 21). Pero esta pregunta sólo le concernía a ese discípulo y a su Señor. Cada uno tiene que ocuparse en su propio camino. “Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú” (v. 22).

Estas palabras del Señor indujeron a algunos a pensar que Juan permanecería vivo hasta la venida del Señor. El Espíritu Santo

refuta esa interpretación, en primer lugar diciendo explícitamente que no es lo que el Señor quiso decir, y luego repitiendo sus expresiones palabra por palabra. Pero, si no hablaba aquí de su discípulo en persona, parece evidente que hablaba del ministerio de éste. Efectivamente, en este pasaje podemos ver una alusión a los diferentes servicios de estos dos apóstoles. El ministerio de Pedro, el apóstol de la circuncisión (Gálatas 2:8-9), llegó a su fin, en un sentido, cuando el pueblo terrenal de Dios fue dispersado. Mientras que el ministerio de Juan, quien nos presenta la vida eterna en el Hijo (tal como lo leemos en su Evangelio), o la vida eterna en nosotros (como se aprecia en su primera epístola), se dirige al pueblo celestial de Dios. Tal ministerio terminará sólo cuando el Señor venga a llevar consigo a dicho pueblo.

Así los ministerios de estos dos discípulos debían ser completamente diferentes uno del otro, tanto en el final de sus vidas como en sus objetivos. Y, repitémoslo, será también así para todo siervo del Señor. Primero, cada uno deberá aprender, en su tiempo y a su manera, el secreto que encierra una voluntad quebrantada, completamente sumisa a su Señor; pero a cada uno Él le impondrá la misma orden: "Sígueme tú."

(Continuará)

PENSAMIENTO

En virtud del sacrificio de Cristo y de su sitial a la diestra de Dios, nosotros tenemos la libertad de entrar en el santuario. Allí el Señor se muestra bajo un doble carácter: como **Sumo Sacerdote** para interceder, y como **Soberano Pastor** (o Príncipe de los pastores) para socorrer a los que son tentados.

Anónimo (M.E. 1910)

*Señor Jesús, rendímoste loor,
de Ti emana toda bendición;
respondiendo toda el alma a tu amor
ya te tributa feliz sumisión.*

*Contemplamos en tu bendita faz
gloria divina revelada aquí;
a los tuyos esperanzas Tú das:
"Creéis en Dios, pues, creed también en Mí."*

*En Ti estamos, tu vida es nuestra ya;
la paz dejaste, tu paz, ¡sumo don!
Gozo eterno tu voz nos brinda acá,
y nos trajiste a tu comunión.*

*Dijiste Tú: "Os ama el Padre Dios",
pues su verdad, su amante corazón
revelaste; de su gracia la voz
por Ti escuchamos, ¡celestial canción!*

*Del Padre el don nos diste a conocer
en tu persona, ¡suma bendición!
Tus hermanos podemos en Ti ver
de amor la gloria, ¡celestial visión!*

*Señor, tu gloria celestial podemos por la fe mirar,
no alcanza el ojo del mortal aquella gloria vislumbrar.*

*De lo alto donde Cristo está entronizado, su esplendor
ilumina a su Iglesia acá, en tanto aguarda a su Señor.*

*El Primogénito allí en gloria, es nuestro precursor,
quien quiere todo compartir con sus hermanos en su amor.*

*De nuestro Padre tal amor ya disfrutamos en verdad,
de todo bien es el autor y dura por la eternidad.*

*La nueva creación de Dios destella en esta oscuridad:
Amor, verdad, divina voz, fragancia de su caridad.*